

La narración oral, una herramienta terapéutica

A cargo de Claudio Ledesma

La narración oral, una herramienta terapéutica

Quiero comenzar este capítulo con un cuento del libro *Mujeres de ojos grandes*, de Ángeles Mastreta.

«Tía Jose Rivadeneira tuvo una hija con los ojos grandes como dos lunas, como un deseo. Apenas colocada en su abrazo, todavía húmeda y vacilante, la niña mostró los ojos y algo en las alas de sus labios que parecía pregunta.

—¿Qué quieres saber? —le dijo la tía Jose jugando a que entendía ese gesto.

Como todas las madres, tía Jose pensó que no había en la historia del mundo una creatura tan hermosa como la suya. La deslumbraban el color de su piel, el tamaño de sus pestañas y la placidez con que dormía. Temblaba de orgullo imaginando lo que haría con la sangre y las quimeras que latían en su cuerpo.

Se dedicó a contemplarla con altivez y regocijo durante más de tres semanas. Entonces la inexpugnable vida hizo caer sobre la niña una enfermedad que en cinco horas convirtió su extraordinaria viveza en un sueño extenuado y remoto que parecía llevársela de regreso a la muerte.

Cuando todos sus talentos curativos no lograron mejoría alguna, tía Jose, pálida de terror, la cargó hasta el hospital. Ahí se la quitaron de los brazos y una docena de médicos y enfermeras empezaron a moverse agitados y confundidos en torno a la niña. Tía Jose la vio irse tras una puerta que le prohibía la entrada y se dejó caer al suelo incapaz de cargar consigo misma y con aquel dolor como un acantilado.

Ahí la encontró su marido que era un hombre sensato y prudente como los hombres acostumbran fingir que son. Le ayudó a levantarse y la regañó por su falta de cordura y esperanza. Su marido confiaba en la ciencia médica y hablaba de ella como otros hablan de Dios. Por eso lo turbaba la insensatez en que se había colocado su mujer, incapaz de hacer otra cosa que llorar y maldecir al destino.

Aislaron a la niña en una sala de terapia intensiva. Un lugar blanco y limpio al que las madres sólo podían entrar media hora diaria. Entonces se llenaba de oraciones y ruegos. Todas las mujeres persignaban el rostro de sus hijos, les recorrían el cuerpo con estampas y agua bendita, pedían a todo Dios que los dejara vivos. La tía Jose no conseguía sino llegar junto a la cuna donde su hija apenas respiraba para pedirle: "no te mueras". Después lloraba y lloraba sin secarse los ojos ni moverse hasta que las enfermeras le avisaban que debía salir.

Entonces volvía asentarse en las bancas cercanas a la puerta, con la cabeza sobre las piernas, sin hambre y sin voz rencorosa y arisca, ferviente y desesperada. ¿Qué podía hacer? ¿Por qué tenía que vivir su hija? ¿Qué sería bueno ofrecerle a su cuerpo pequeño lleno de agujas y sondas para que le interesara quedarse en este mundo? ¿Qué podría decirle para convencerla de que valía la pena hacer el esfuerzo en vez de morirse?

Una mañana, sin saber la causa, iluminada sólo por los fantasmas de su corazón, se acercó a la niña y empezó a contarle las historias de sus antepasadas. Quiénes habían sido, qué mujeres tejieron sus vidas con qué hombres antes de que la boca y el ombligo de su hija se anudaran a ella. De qué estaban hechas, cuántos trabajos habían pasado, qué penas y jolgorios traía ella como herencia. Quiénes sembraron con intrepidez y fantasías la vida que le tocaba prolongar.

Durante muchos días recordó, imaginó, inventó. Cada minuto de cada hora disponible habló sin tregua en el oído de su hija. Por fin, al atardecer de un jueves, mientras contaba implacable alguna historia, su hija abrió los ojos y la miró ávida y desafiante, como sería el resto de su larga existencia.

El marido de tía Jose dio las gracias a los médicos, los médicos dieron gracias a los adelantos de su ciencia, la tía abrazó a su niña y salió del hospital sin decir una palabra.

Sólo ella sabía a quiénes agradecer la vida de su hija. Sólo ella supo siempre que ninguna ciencia fue capaz de mover tanto, como la escondida en los ásperos y sutiles hallazgos de otras mujeres con los ojos grandes».

Contar cuentos es terapéutico tanto para el que cuenta como para el que escucha. En principio para el que cuenta, porque no es inocente la selección de tal o cual cuento. Al contar, uno mismo se cuenta. Toma palabras ajenas, palabras prestadas, no sólo porque comparte el goce literario o el criterio estético. Al elegir un cuento para ser contado en viva voz, pone en palabras cosas no dichas, exorciza miedos y desconsuelos. Esto por supuesto funciona a nivel inconsciente.

¿Cualquier cuento es terapéutico? Yo diría que sí, en sentido general, hasta el cuento más inocente, porque nos permite:

- Sentir y transmitir emociones
- Encontrar sentido
- Simbolizar, sublimar, identificarse, exorcizar
- Elaborar emociones

Recuerdo a una alumna:, el primer cuento que narró fue «Cuento de horror», de Marco Denevi. La historia es narrada por una mujer que decide matar a su marido simplemente porque estaba harta de cincuenta años de matrimonio.

El segundo cuento que contó fue «Para amarte mejor», de Carolina Rivas. Se trata de una mujer que aprende a leer y a escribir, y deja a su marido porque aprende que hay otros olores; a jazmín, por ejemplo.

Y el tercer cuento que narró al finalizar el taller fue «Nunca es tarde», de Dora Apo, sobre una mujer cuyo marido muere. Ella va al cementerio todas las semanas. Él la mira victorioso desde la cruz, porque sabe que eso le espera a ella para siempre. Hasta que ella se enamora del sepulturero y se va con él.

Después de escuchar estos tres cuentos y seguir el proceso de cada uno de mis alumnos, la cité un día y le pregunté si su marido estaba bien. Me había asustado...

Ella no se había dado cuenta, y cuando reparó en ello, me confesó:

«¡Perdón! Es que me estoy divorciando...».

Evidentemente, fue terapéutico para ella poder contar esos cuentos; poder matar a su esposo, al menos en los cuentos. Fue más sano para todos, sobre todo para el marido...

También es terapéutico para el que escucha, porque nos nutrimos de literatura, el arte de las palabras, algo que no tiene edad ni género. Y la literatura no da respuestas, sino que plantea nuevas interrogantes, nuevas indagaciones de la experiencia del ser humano.

Recuerdo cuando narré el cuento «Camila», de Marco Antonio de la Parra. Se acercó una mujer y me dijo: «Me encanta ese cuento porque habla de la locura».

Durante esa misma función, vino un muchacho y me felicitó. Me abrazó, estaba muy emocionado porque lo había conmovido «con ese cuento de género que es un homenaje a las mujeres», me dijo.

Y para mí, «Camila» es historia de un amor increíble. Cada cual tomó lo que necesitaba en su momento. Es cierto que el cuento habla de todas esas cosas, y de muchas más que no me imagino, porque la literatura es polisémica. Cada cual toma de ella lo que necesita.

Yo creo que cuento para conjurar a la muerte, que es, en definitiva, el olvido. Al nombrar las cosas, las cosas existen, toman cuerpo, se iluminan, se acomodan. Contar como una lucha y una resistencia a la muerte.

Narro porque primero el cuento me suena en el oído, es una forma de buscar mi voz propia. Y soy yo el que cambio al contar las historias, al buscar mi voz, la misma para decir distintas cosas. O acaso la misma cosa, la misma historia. Historia a la cual — piensa Barthes— sólo la muerte puede poner fin.

La voz y su contraparte, el silencio.

Y sigo con Barthes, quien dice: «toda autobiografía es ficción y toda ficción es autobiográfica».

Por eso cuento. Acaso se trate de asegurar la identidad. Acaso se trate de comprender ciertos hechos de nuestras vidas desentrañando misterios de otras vidas. Acaso se trate de un intento de recuperación y de reparación de uno mismo.

André Gide, en su diario, dice: «contar es poner algo a salvo de la muerte». La condena al silencio es, de alguna manera, una condena a muerte. Porque la palabra es vida (si no hablo, me muero; si no hablo, reviento). Y hablar es el principal modo de autoafirmación. Y se piensa porque se habla.

Los cuentacuentos somos de hablar. Y no acostumbramos a pedir por favor la palabra, ni tampoco la cedemos tan fácilmente... Y nos gusta y nos divierte inventar nuevas palabras. Y también nos gusta volver a la vida las palabras que han quedado secas y vacías de tanto mal uso.

Claro que tomar la palabra, animarse a decir «esta boca es mía», implica riesgos.

Pero ya aprendimos, hace mucho, que no hay nada tan imperdonable como perder la vida por delicadeza.

Gabriel García Márquez nos dice: «La vida es lo que contamos de ella. Si podemos cambiar de relato, podemos cambiar de vida».

El lenguaje, la narración oral y escrita forman parte del Eros. Cuando algo no se puede poner en palabras, reina la pulsión de muerte: Tánatos. Se manifiesta en adicciones, violencia, algunas enfermedades y traumas no elaborados que funcionan como núcleo enfermante.

El hombre es un ser narrativo. Si tiene varios hilos sueltos, los enlaza para construir una historia. Esto sucede por la necesidad de encontrar un sentido.

Los cuentos son indispensables para los humanos en la búsqueda profunda de identidad. Son sanadores, porque nos permiten identificarnos con situaciones y sentimientos comunes a todos los hombres y mujeres. También tejen redes de pertenencia con un pueblo, una patria, una historia compartida. Permiten elaborar las emociones: el amor, el odio, los celos, la rivalidad y el desamparo. Los temas de los que habla la literatura son pocos, lo que es múltiple es la forma de contarlos.

El psicoanalista austriaco, Bruno Bettelheim, pone de relieve la función liberadora y medicinal de los cuentos de hadas. Él sobrevivió a los campos nazis de exterminio y se especializó en el trabajo de niños autistas.

Desarrolló interesantes ideas acerca de la educación y en este contexto estudió los cuentos de hadas. Examinó los más populares de la literatura occidental: «Caperucita Roja», «Cenicienta», «Blancanieves», entre otros, resaltando su función formativa para la mentalidad de los niños, ya que ellos se pueden identificar con personajes que pasan por situaciones difíciles y hasta crueles, como en la vida misma, pero luego de muchas aventuras y trabajos alcanzan un final reparador, un final feliz.

Cuando la literatura oral o de autor es rica como debe ser el arte verdadero, las situaciones por las que el niño se puede sentir tocado son múltiples y dependen del momento por el que esté pasando.

Bruno Bettelheim sostiene que hay dos cuentos que no cumplen con este requisito: «La vendedora de fósforos», de Hans Christian Andersen, porque la protagonista va supliendo sus necesidades a través de la fantasía, sin un esfuerzo propio, ya que muere de frío en una noche de Navidad; y «Las zapatillas rojas», también de Andersen, en el que la protagonista no para de bailar. Estos finales son estímulos para la depresión.

Una de las funciones de los cuentos es ayudar a encontrar sentido a la existencia que, a su vez, es uno de los desafíos del ser humano. En los niños, esta potencialidad se va desarrollando lentamente a través de su crecimiento.

Los cuentos son transmisores de la herencia cultural. Sin embargo, hay mucha literatura para niños que no cumple con la función de estimular el crecimiento de sus recursos internos. Los cuentos de hadas no tienen sólo la función de entretener o informar superficialmente: les permiten el acceso a un sentido más profundo de acuerdo con sus etapas de desarrollo. Para que las historias mantengan el interés del niño, deben excitar su curiosidad, ayudarle a ordenar sus emociones. Deben estar de acuerdo con sus miedos y ansiedades y no negarlas torpemente, porque, desde el adulto, no tienen un sentido racional. También es necesario que estimulen la imaginación, evitando las moralejas fáciles —como en las fábulas—, donde se dice qué es lo que se debe hacer y lo que no.

Los cuentos de hadas cumplen con estos requisitos y, como en toda obra de arte, las soluciones no son expresadas explícitamente. Debe encontrarlas el niño, a través de la identificación con personajes que padecen sus mismas dificultades y logran superarlas con inteligencia, empuje y valor.

Es importante que se los lean los padres, porque los sienten acompañándolos por esa conflictiva interior que se despliega en los cuentos. Los chicos encontrarán los cuentos más representativos para las situaciones que atraviesan y los dejarán por otros, cuando esos avatares estén superados.

Los cuentos populares de hadas se han conservado a través de los tiempos y se han dado en distintas regiones geográficas, porque son portadores de una verdad profunda que los ayuda en el encuentro con ellos mismos.

Los cuentos de hadas aportan al consciente, preconsciente e inconsciente de la personalidad, tanto a la parte intelectual como a la ética, y ayudan a poner en orden la tumultuosa casa de las emociones.

Estas conclusiones del autor Bruno Bettelheim tienen que ver con la pregunta que se hizo: «¿Por qué estas historias interesan mucho más a los niños que otro tipo de literatura?»». La respuesta es porque hablan de las fuertes pulsiones internas y ofrecen modelos de soluciones tanto temporarias como permanentes.

Tanto en el niño como en el adulto, el inconsciente es un poderoso determinante de su comportamiento. Si se permite a la conciencia acceder a este material para ser elaborado por la imaginación, su potencial, nocivo para los demás, o para uno mismo, cede y puede usarse positivamente. Para esto sirven esta clase de cuentos, ya que ofrecen a la imaginación del niño nuevas dimensiones a las que le resultaría imposible llegar solo.

La forma y la estructura de los cuentos de hadas sugieren al niño imágenes que le permiten estructurar sus ensueños y su vida.

Muchos padres creen que lo mejor es alejar a sus hijos de los costados dolorosos de la vida y de las caóticas y violentas fantasías infantiles. Pero, dado que éstas existen y que la vida tiene aspectos terribles, es preciso darles las armas para que puedan simbolizar esas situaciones.

Al narrarles cuentos oralmente, o acompañarlos en la lectura, los niños se sienten aliviados, porque entienden que los padres aceptan sus ambivalencias, sus fantasías agresivas y vengativas con los adultos, tan poderosos. Por eso es mejor contárselos o leerlos que dejar que los lean ellos solos.

Freud afirmó que la única manera con que el hombre logra dar sentido a su existencia es luchando con su naturaleza contradictoria, donde conviven el bien y el mal, sin ceder a la evasión. Esto es precisamente lo que los cuentos de hadas transmiten a los niños: que la lucha contra las dificultades de la vida es inevitable, pero, si uno no huye, puede alcanzar la victoria contra las injusticias.

Hay otras historias que les evitan a los niños enfrentarse con los problemas existenciales que los acucian como rivalidades edípicas, fraternas, miedo al abandono, etc., pero esas no son interesantes para ellos y no cumplen una función enriquecedora. El niño necesita que se le den sugerencias simbólicas de cómo debe avanzar hacia la madurez.

Los cuentos de hadas los enfrentan con los conflictos humanos básicos; en cambio, los cuentos seguros evitan hablar de la muerte y el envejecimiento, que forman parte de la vida misma.

Muchos cuentos de hadas comienzan con la muerte de uno de los padres; otras veces, un viejo rey debe darle a uno de sus hijos el reino y, para ello, los somete a pruebas. Plantean, en forma breve y concisa, problemas existenciales.

Los personajes están muy bien definidos y todos los detalles que no son importantes quedan suprimidos. Las figuras son típicas en lugar de ser únicas. Tanto el bien y el mal toman cuerpo en determinados personajes y sus acciones. Igual que en la vida y en cada uno de nosotros, se presentan problemas morales a resolver por el niño.

Por otra parte, el malo, simbolizado en el enorme gigante, en el dragón o la malvada reina de «Blancanieves», no carece de atractivos; a menudo ostenta, temporariamente, el poder, pero el mal es castigado al final del cuento. El hecho de que el héroe sea más atractivo, además de virtuoso, contribuye para las enseñanzas morales.

Los personajes de los cuentos de hadas no son ambivalentes (buenos y malos al mismo tiempo): son buenos o son malos. La polarización domina también la mente del niño. Así se le ayuda a analizar las diferencias entre ambos.

Hay cuentos en que el aspecto moral no interesa. Lo que importa es que hasta los más humildes pueden llegar a ser algo en la vida, por ejemplo en «El Gato con Botas».

Los cuentos de hadas toman muy en cuenta los terrores de los niños, la necesidad de ser amados, por su absoluta dependencia, y ofrecen soluciones que pueden entender. Actualmente —y más que nunca, por nuestra forma de vida cada vez más aislada— es importante la imagen que aparece en esas historias de un hombre solitario que tiene relaciones satisfactorias con el mundo que lo rodea.

El cuento es, ante todo, una obra de arte, y no beneficiaría psicológicamente a los niños si no lo fuera. En ellos se externaliza lo interno a través de los personajes y sus hazañas, algo que se hace comprensible para la mente infantil.

El cuento es terapéutico, porque el niño encuentra sus propias soluciones mediante la contemplación de lo que la historia parece aludir de su propia vida en un momento determinado. La naturaleza irreal de estas historias pone el énfasis no en una utilidad concreta del mundo real del niño, sino en su mundo interior.

Algunas historias de hadas surgieron a través de los mitos, mientras que otras fueron incorporadas a ellos. Las fábulas exigen o amenazan; en cambio, los cuentos de hadas mantienen la esperanza en un final feliz. Lewis Carroll los llamó «un regalo de amor». Transmitir la esperanza a través de la voz —esa caricia que, por muy poderoso y gigante que sea el ogro, el chiquito lo puede vencer—, es una lucha cálida contra la impotencia.

La psicoanalista junguiana Pinkola Stés considera que los cuentos de hadas tienen todos los ingredientes necesarios como para que una mujer se ponga en contacto con sus profundidades a través de los arquetipos que forman parte del inconsciente colectivo. Para ella, los relatos transmiten instrucciones que nos guían. Claro que esto no trata, como en el caso de las moralejas, de una simple bajada de línea: son instrucciones inconscientes, transmitidas a través de los siglos y en distintas culturas porque, justamente, cumplen esa función y no son lineales.

Muchos compiladores como los hermanos Grimm, trataron de adecentar los cuentos populares sin lograr quitarles del todo la fuerza sexual que todavía persiste en algunos cuentos y chistes sobre Caperucita, de doble sentido. Muchos cuentos de Andersen, como «El soldadito de plomo», no tienen un final feliz para que la condición reparadora de la que habla Bruno Bettelheim se cumpla.

Es beneficioso construir historias con fragmentos desarticulados. Lo podemos intentar con nuestra vida. Sí, porque nuestra propia vida es un relato que se cuenta con final abierto. La historia no está predeterminada.

Ítalo Calvino, haciendo una analogía entre la vida y el tarot en «El castillo de los destinos cruzados», dice que a cada uno le tocan las cartas que le tocan, pero con las mismas cartas se pueden hacer múltiples relatos. El psicoanálisis consiste en poder contar nuestra historia de otra manera. El tiempo de los cuentos va en contra del apuro y ruido de nuestra sociedad actual. Permite el silencio, las pausas, el florecer de las imágenes, la posibilidad de pensar y los vínculos con otros. La voz, la posición y el gesto del narrador son intermediarios de este ritual. Ayuda a los adultos a recobrar la capacidad de juego de la infancia.

Se deben tomar los cuentos para que todo esto sea posible, no sólo como un medio de comunicación, ni como un instrumento para lograr tal o cual fin. Lo fundamental, como en el arte, es el brillo de lo inútil: nada menos que conectarnos con el placer.

La fuente del placer es inconsciente y se da porque nos tuteamos con nuestro deseo. El Eros es lo que vincula el deseo con el objeto. El placer es la señal de esta unión. El placer no sólo está ligado a la felicidad: podemos contar, leer u oír un texto que tenga que ver con el dolor. El placer radica en conectarse con algo reprimido; es como recobrase.

El ser humano es un ser de lenguaje, nace y se sumerge en un océano de este. No es que el lenguaje exprese las emociones, los pensamientos y las pulsiones. Tanto las emociones como los pensamientos como las pulsiones —y por ende la riqueza que puedan llegar a tener— se construyen con lenguaje.

Por lo tanto, cuanto más pobreza de lenguaje se tenga, más sucederá la violencia. Si tenemos más palabras, podemos nombrar lo que sentimos en gamas amplias y sutiles que amplían nuestras posibilidades de sentir y de pensar. La palabra, el pensamiento, son mediadores del acto. Cuanto menos se pueda argumentar, más se irá a los golpes. Se piensa con palabras; si disponemos poco de ellas, ¿cómo vamos a pensar críticamente?

Esta sociedad nos busca como consumidores o esclavos; para ella, la poesía es subversiva. El mundo emocional también queda disminuido con la escasez de lenguaje, pero para ir de *shopping* se necesita menos sutileza que para expresar lo que sentimos frente al mar o a la soledad de las montañas. «Me ilumino de inmensidad», dijo el poeta italiano Giuseppe Ungaretti.

Esta gratuita, subversiva lengua poética que no se compra ni vende, que no es exclusiva de la poesía, pertenece sin más a la buena literatura, y busca decir de una forma nueva lo que ya está dicho y gastado. Es la que cura conectando, elaborando, trabajando dentro de nosotros sin que nos demos cuenta, rescatando nuestros aspectos reprimidos. Nos hace partícipes de la fiesta de la lengua que es social, que comenzó tanto antes de nuestro nacimiento y continuará tanto después.

La terapia indirecta y la terapia directa

La terapia indirecta es cuando el cuentacuentos va al hospital por única vez o sin ningún objetivo preciso más que la recreación.

En principio, el narrador oral con los cuentos le está llevando al paciente, además de alegría o recreación, el afuera. El paciente que está internado esta en forma involuntaria; de poder elegir él, estaría en su casa, de vacaciones o en cualquier otro sitio que no sea un hospital.

En el hospital, el enfermo pierde su identidad, su historia, y pasa a ser el de la cama 48, el del tumor, el del páncreas. Deja de ser Juan o María y pasa a convertirse en un número o su enfermedad. Esto, obviamente, genera mucha angustia.

A través de la narración, el enfermo comienza a contar. Sí, él también. Cuenta cómo se llama, si a él le pasó algo parecido o no, si conoce a alguien que alguna vez estuvo en esa situación, etc. Vuelve a ser él mismo, se resignifica y recupera su historia. Se establece el dialogo entre cada cuento.

Me ha sucedido que llevo un repertorio de seis cuentos y termino contando tres. El paciente me cuenta quién es, cómo está integrada su familia, qué le gusta hacer...

No vamos a reemplazar la cirugía ni el medicamento, pero sí haremos que su estadía en el hospital sea menos traumática, más llevadera, que las endorfinas ayuden a su pronta recuperación.

En la sala de mujeres aconsejo contar cama por cama, porque la idea es que sea algo personal, algo individual, no general. Además de esta forma se puede establecer mejor el dialogo y el vínculo de comunicación. Es una entrega particular, sólo para esa persona.

Recuerdo una experiencia llevada en el Hospital de Morón, en la sala de mujeres, cuando una narradora se puso a contarle cuentos a una paciente al lado de su cama. La paciente tenía puesta una máscara de oxígeno que le estorbaba cuando se reía, y quería hablar ella también, para contarle a la narradora quién era, lo que hacía. Así que se quitó la máscara y la dejó arriba de la mesita de luz. Estuvo toda la hora sin la máscara. Cuando nos íbamos, ya era el horario de visita e ingresaban sus familiares —madre, padre, hermanos, tíos, tías, primos, abuelos—. La paciente, al ver esa muchedumbre de gente que se acercaba, comenzó a asfixiarse, tomó desesperadamente la máscara de la mesa de luz y se la puso.

En la sala de hombres, aconsejo contar en forma general. Al hombre le cuesta más entregarse a la fantasía, paga muy caro el derecho de patriarcado: no tiene permitido emocionarse. «Los hombres no lloran», solía decir mi abuela.

Además es muy invasivo para un hombre que se le acerquen a su cama para contarle un cuento. La cama es el único espacio propio del paciente.

Aquí, generalmente, empezamos a contar minicuentos o cuentos muy breves para ir estableciendo el vínculo. Una vez que disfrutan y se entregan, podemos pasar a cuentos más largos.

Algunos microrrelatos:

Caperucita Roja (Tradición oral)

Caperucita roja embarazada, tocándose el vientre dijo:
—El lobo no me COMIÓ, fue un error de tipeo.

Ella no era atea de maravillas (Cristina Villanueva)

Ella frota la maravillosa lámpara. Surge un genio alto y fuerte que se tiende a su lado, se expande para olvidar la estrechez en que estuvo guardado tanto tiempo, la roza apenas de mil y una forma y le dice: «No te preocupes tanto en pensar los deseos, esta vez van a ser más de tres».

Usted (Jairo Aníbal Niño)

Usted
que es una persona adulta
—y por lo tanto—,
sensata, madura, razonable,
con una gran experiencia
y que sabe muchas cosas,
¿qué quiere ser cuando sea niño?

Asuntos pendientes (Marita von Saltzen)

Ellos tenían que tratar «asuntos pendientes». Cuando se juntaron y ella vio «los asuntos» que le pendían a él, los trató con mucho cariño.

Amor 77 (Julio Cortázar)

Y después de hacer todo lo que hacen, se levantan, se bañan, se entalcan, se perfuman, se visten y así progresivamente van volviendo a ser lo que no son.

En la sala de pediatría contamos en forma general. Si los chicos se pueden trasladar, los ponemos en u, armamos un pequeño auditorio. El narrador oral cuenta enfrente y los otros cuentacuentos del grupo se intercalan entre los niños y sus padres.

La idea de intercalarse es porque, si surge algún imprevisto —siempre ocurren emergentes, más en un hospital—, sus compañeros tienen que estar atentos para resolverlo, acudir a algún niño o llevárselo. Él cuentacuentos que está narrando debe estar concentrado en el cuento. Además, el narrador oral necesita la mirada de sus compañeros, quienes también lo sostienen como público.

Pensamos que la sala de espera es el lugar ideal para contar, porque ahí está el público. Pero no es así: uno de los pocos lugares en los que elijo no contar es en la sala de espera, porque los pacientes están ansiosos, esperando ser llamados por el médico. Hay un grado de ansiedad muy alto. En algunas ocasiones lograba formar un semicírculo con algunos escuchas atentos, salía el médico e interrumpía la narración con un grito: «¡Martínez! ¡Martínez!».

Martínez no respondía porque estaba metido adentro del cuento, al tercer grito Martínez reaccionaba: «Ah... ¿yo? Sí, ahí voy», respondía gritando para no perder el turno que tanto le había costado.

El médico miraba el semicírculo y no entendía qué pasaba en la sala de espera y miraba a Martínez con cara de pocos amigos. Y, a esa cara, el pobre Martínez tenía que confiar su salud.

La narración oral establece un vínculo muy frágil, en principio solamente con la palabra. Ese vínculo se puede romper muy fácilmente, ya que la sala de espera es un lugar muy hostil para contar.

En la sala cuna contamos para las mamás, porque no sólo está enfermo el paciente que está internado. El que acompaña también tiene un grado de estrés muy grande.

Si bien las madres tienen un vínculo muy estrecho y único con sus hijos, no existe la palabra como mediadora. El bebé no puede decir me duele acá, me pica o me molesta tal o cual cosa. Esto genera una angustia extra en la mamás.

Como cuentacuentos, en este espacio dejamos que la mamá vaya a fumar o tomar un café y nos quedamos con el bebé. Luego, cuando regresa, le contamos a ella.

Recuerdo que en una ocasión, en el Hospital de Niños de La Plata, en la sala una mamá mecía la cuna de su hijo. El bebé lloraba, ella estaba como ausente, más bien autista. La narradora oral entró a la sala, alzó el bebé y le cantó una canción de cuna.

La mamá se fue a fumar. Cuando regresó, la cuentacuentos le narró dos cuentos. Cuando nos íbamos, la narradora me la señaló para que la mirara. La mamá estaba pintándose los labios y se miraba en un pequeño espejito. Hasta entonces era la enfermedad de su hijo, pero ahora había recuperado su identidad: había vuelto a ser ella misma.

La terapia directa es un proceso que se realiza sostenido en el tiempo, un trabajo en conjunto con el médico y psicólogo. Se efectúa en equipo y se va consensuando el material entre el cuentacuentos, el médico y el terapeuta.

Una terapia directa que desarrollamos durante dos años fue en el Hospital Rivadavia, en la sala de oncología. La primera vez que fuimos a contar, los médicos nos aclararon que las pacientes venían de la terapia de rayos, una terapia muy agresiva para el cuerpo y que estaban muy adoloridas, por lo tanto iban a estar acostadas sin poder sentarse.

Entramos a la sala con más dudas que certezas. Empecé a contar el cuento «Miedo», de Graciela Cabal.

Al finalizar el cuento, una de las pacientes levantó la mano. Yo le pregunté si le dolía algo, si quería que llamara a la enfermera. Ella me dijo que no, que no le dolía nada, que sólo quería mostrarme cuál era el perro que tenía ella para comerse sus miedos. Abrió la mesita de luz y me mostró un rosario.

Otra paciente levantó la mano y me mostró la foto de sus hijos. La tercera me mostró una estampita de la Virgen de Guadalupe y la cuarta la foto de su marido. Ellas comenzaron a hablar, a contarnos a nosotros cuáles eran los perros que se comían sus miedos.

El cuento de la Cabal es de un chico que tiene miedo a la oscuridad, a los ruidos fuertes, a los remedios amargos, a las personas altas y a las personas bajitas. Un día va a la plaza con su mamá y se encuentra un perro, muy flaco y muy sucio. Se lleva el perro a la casa y se come todos sus miedos. Finaliza diciendo: «el chico no tiene más miedo, tiene perro».

Esa es la anécdota del cuento. Como ven, el cuento no habla de la muerte. Pertenece a la colección «Los caminadores», de Editorial Sudamericana, para nivel inicial; es decir, para niños de cuatro y cinco años. Ahí se estaba hablando del miedo a la muerte, y aunque el texto no hable de ello, el sentido se actualiza, se completa con la lectura del otro, con el subtexto del oyente.

Como dije, la literatura es polisémica y de quien la necesita.

El segundo cuento que contó una alumna fue «El desgano», de Julio César Castro. Lo comparto:

«Al desgano conviene matarlo de chiquito, porque si se lo deja crecer se le adueña del rancho, y después pa sacarlo te quiero ver escopeta.

Pa pior es pastoso y se va ganando por los rincones, y cuando uno quiere acordar le va empañando los vidrios de las ventanas y no lo deja ver pa fuera.

A un tal Peripecio Pilín se le apareció el desgano de atrás de un árbol, pa un mediodía caluroso, porque el desgano se da mucho con la calor.

De un saludito se le trepó al anca del caballo y se dejó llevar.

Es lo que tiene, le gusta dejarse llevar.

Peripecio no le hizo mucho caso, porque era un desgano chiquito, como quien dice un pichón de desgano.

Cuando llegó a su rancho dentro y atrás el desgano, arrastrando los pieses.

El hombre no le hizo caso, pero cuando quiso acordar, en un descuido, el desgano se le sentó en el banquito de tomar mate.

Estuvo a punto de volarlo de un moquete, pero lo pensó un momento y se le fueron las ganas.

Otro de los peligros del desgano es que es mimoso.

Se acercó a los pieses del hombre, le lambetió las alpargatas, y se le fue trepando, silencioso, acariciante, medio pegote, Peripecio lo estuvo por bajar de un manotón, pero se quedó en el amague por que se le fueron las ganas.

Cuando quiso acordar, el desgano lo estaba empujando pal catre.

No era hora, pero, por no tener cuestiones, se dejó arrastrar.

Al otro día estaba incapacitau de levantarse y el desgano le pintó el rancho de gris, se lo forró de corcho pa que no escuchara el canto de los pájaros, y le empañó los vidrios de las ventanas pa que no viera pa fuera.

Pero el desgano también tuvo su momento de descuido.

A Peripecio se le aclaró un instante la mollera, y se dió cuenta que tenía que luchar contra el desgano.

Apenitas si le quedaba una pizca de voluntad, porque el resto se la había ido devorando el desgano que cada día se ponía más gordo.

Otra cosa que tiene el desgano: es de fácil engorde. ¡Es de goloso...! Diga que el hombre se prendió al pedacito de voluntad que le quedaba, salió pa fuera a los tumbos, lo encandiló la luz del día, agarró un hacha y se puso a cortar leña con furia.

A cada hachazo pegaba un grito pa darse coraje, y con tanto grito el desgano se retorció, se revolcaba, hasta quedar hecho una porquería, y salía haciendo muecas de dolor y de rabia.

Después Peripecio les fue a avisar a los vecinos, pa que se cuidaran de un desgano que andaba rondando por el pago, pa que no se les fuera a meter en los ranchos, y de ser posible, que lo mataran de chiquito».

Cuando terminamos este segundo cuento, las pacientes estaban sentadas en la cama.

Los médicos entraron a la sala y no entendían qué había pasado. Nos decían que no existe ninguna droga que haga que las pacientes oncológicas, después de la terapia de rayos, estén sentadas en su cama a los quince minutos.

Por eso siempre empezamos a contar después de la terapia de rayos en ese hospital.

Otra terapia directa fue en la ciudad de La Plata, en el Hospital Italiano, y estuvo a cargo del Grupo «Palabra de Mujer». Ese fue el primer grupo que formé en la ciudad de La Plata hace más de nueve años, integrado por Adriana Bonanni, Analía Martinoia, Beatriz Pravisani, Gabriela Scabuzzo, María Ruiz, Mirta Carballo, Mónica Bertín y Silvia Bermúdez.

Ellas fueron convocadas por una asistente social que coordinaba los grupos de personas a dializarse dos veces por semana en dicho hospital.

La diálisis es un proceso de varias horas en el que los pacientes están sentados, conectados a una máquina para limpiar su sangre. En la primera hora tienen controles médicos, en la segunda reciben una merienda, en la tercera se duermen, se despiertan y siguen conectados a la máquina. La última hora es la «hora chicle», la que no se termina más. Aquí es donde el grupo entraba a contar.

El primer desafío que tuvo el grupo fue que los pacientes aceptaran que se les apagara el televisor.

La idea de la asistente social de convocar al grupo de narradoras orales fue porque había notado que muchos de los pacientes que se dializaban hacía más de diez años ni siquiera sabían el nombre de sus compañeros. Estaban metidos y enfrascados en su enfermedad.

Al cabo de un tiempo, ellos pedían los cuentos porque ya conocían el repertorio de las narradoras.

Uno de los cuentos favoritos de ese sector del hospital era este, de autor desconocido, extraído del libro *Otra taza de chocolate caliente para el alma*, de Canfield y Hansen:

«Dos hombres, ambos muy enfermos, ocupaban la misma habitación de un hospital. A uno se le permitía sentarse en su cama cada tarde, durante una hora, para ayudarlo a drenar el líquido de sus pulmones. Su cama daba a la única ventana de la habitación. El otro hombre tenía que estar todo el tiempo boca arriba.

Los dos charlaban durante horas. Hablaban de sus mujeres y sus familias, sus hogares, sus trabajos, su estancia en el servicio militar, dónde habían estado de vacaciones.

Y cada tarde, cuando el hombre de la cama junto a la ventana podía sentarse, pasaba el tiempo describiendo a su vecino todas las cosas que podía ver desde la ventana. El hombre de la otra cama empezó a desear que llegaran esas horas, en que su mundo se ensanchaba y cobraba vida con todas las actividades y colores del mundo exterior.

La ventana daba a un parque con un precioso lago. Patos y cisnes jugaban en el agua, mientras los niños lo hacían con sus cometas. Los jóvenes enamorados paseaban de la mano, entre flores de todos los colores del arco iris. Grandes árboles adornaban el paisaje, y se podía ver en la distancia una bella vista de la línea de la ciudad.

Según el hombre de la ventana describía todo esto con detalle exquisito, el del otro lado de la habitación cerraba los ojos e imaginaba la idílica escena.

Una tarde calurosa, el hombre de la ventana describió un desfile que estaba pasando. Aunque el otro hombre no podía oír a la banda, podía verlo, con los ojos de su mente, exactamente como lo describía el hombre de la ventana con sus mágicas palabras.

Pasaron días y semanas. Una mañana, la enfermera de día entró con el agua para bañarles, encontrándose el cuerpo sin vida del hombre de la ventana, que había muerto

plácidamente mientras dormía. Se llenó de pesar y llamó a los ayudantes del hospital, para llevarse el cuerpo.

Tan pronto como lo consideró apropiado, el otro hombre pidió ser trasladado a la cama al lado de la ventana. La enfermera le cambió encantada y, tras asegurarse de que estaba cómodo, salió de la habitación.

Lentamente, y con dificultad, el hombre se irguió sobre el codo, para lanzar su primera mirada al mundo exterior; por fin tendría la alegría de verlo él mismo. Se esforzó para girarse despacio y mirar por la ventana al lado de la cama... y se encontró con una pared blanca.

El hombre preguntó a la enfermera qué podría haber motivado a su compañero muerto para describir cosas tan maravillosas a través de la ventana. La enfermera le dijo que el hombre era ciego y que no habría podido ver ni la pared, y le indicó: Quizás sólo quería animarle a usted».

¿Qué contamos en el hospital?

Cuando se selecciona el repertorio, uno elige los cuentos por intuición. En una terapia indirecta seguramente trabajaré con cuentos alegres, optimistas o graciosos, ya que el único objetivo que nos preocupa es la recreación. Como dice Pablo Neruda en su *Oda a Federico García Lorca*: «Porque por ti pintan de azul los hospitales». Pintar de azul los hospitales, con la palabra y los cuentos.

Transformar ese espacio incoloro, inodoro e insípido, en donde la muerte anda acechando por los rincones, en algo más parecido a la casa o un ambiente amable y cálido.

Pero en las terapias directas, que son sostenidas en el tiempo, trabajamos con la ayuda y el apoyo del médico y/o psicólogo. Podemos hablar de eso que angustia al paciente, que es en definitiva su enfermedad o la muerte.

¿Qué mejor que hablar de la muerte, pero a través de un cuento? Incluso muchos cuentos que tocan el tema de la muerte están hablando de la vida.

Para tocar y tratar estos temas escabrosos me valgo de libros álbum, que son catalogados como libros perturbadores y tratan cuestiones fundamentales y fundacionales como la vida, la muerte, el exilio, la orientación sexual, el abandono, la pérdida, etc.

Uno de mis libros preferidos para abordar estos temas es *Es así*, de la ilustradora chilena Paloma Valdivia, publicado por Fondo de Cultura Económica.

«Algunos ya partieron
el gato del vecino, la tía Margarita,
el pescado de la sopa de ayer».

Las primeras líneas nos introducen a este poema gráfico con humor:

«Hay un instante en que los
que se van y los que vienen
se cruzan en el aire
Se desean felicidad».

Otro de mis libros preferidos para trabajar estas terapias directas en los hospitales es *El pato y la muerte*, de Wolf Erlbruch, publicado por la editorial argentina Calibroscoopio.

El pato descubre a la muerte. Esta le dice que estuvo con él desde el día en que nació.

Habla la muerte:

«De los accidentes se encarga la vida; de los resfriados y del resto de las cosas que os puede pasar a los patos de vez en cuando, también. Sólo diré una: el zorro. El pato no quería ni imaginárselo. Se lo ponía la carne de gallina».

El pato se hace amigo de la muerte, comparten varios días juntos. Van al estanque y se suben en un árbol. Desde el árbol ven el estanque tan quieto y callado. El pato se anima a preguntar: Así que eso pasará cuando... ¿cuándo...?

«¡Hayas muerto!», termina la frase la muerte. Le dice que no, que el estanque desaparecerá, al menos para él. El pato piensa que entonces no lo echará de menos...

Quiero destacar las palabras que utiliza el autor para contar la muerte del pato. Son todas acciones, movimiento, vida:

«La nieve caía, los copos eran tan finos que quedaban suspendidos en el aire. La muerte miró al pato, se había quedado muy quieto. Había dejado de respirar. Le acarició para acomodar un par de plumas alborotadas. Lo tomó entre sus brazos y se lo llevó al gran río. Allí lo acostó con mucho cuidado en el agua y le dio un suave empujoncito. Se quedó mucho tiempo mirando cómo se alejaba. Cuando le perdió de vista, la muerte se sintió incluso un poco triste. Pero así era la vida».

Como vieron, la mala es la vida. En las ilustraciones uno se llega a enamorar de esa muerte, con su vestido largo de colores y sus zapatitos. Sencilla, simple, como es a veces la muerte.

El libro triste, de Michael Rosen y Quentin Blake, publicado por Fondo de Cultura Económica, narra la historia de un padre que pierde a su hijo. No creo que exista un dolor mayor a este. Rosen y Blake cuentan esta terrible historia con una increíble calidad artística, desde el texto y las ilustraciones.

Encontramos dentro del libro una poesía que escribe el protagonista:

«¿Dónde está la tristeza?
Por todas partes.
Viene y te encuentra
¿Cuándo te sientes triste?
En cualquier momento.
Viene y te encuentra.
¿Quién se siente triste?
Cualquiera puede estar triste.
La tristeza viene y te encuentra.
Y escribo:
La tristeza es un lugar
profundo y oscuro,
como el espacio que hay
debajo de la cama.

La tristeza es un lugar
alto y luminoso,
como el cielo
que hay sobre mi cabeza.

Cuando es profundo y oscuro
no me atrevo a ir allí.
Cuando es alto y luminoso
quisiera ser como el aire».

El corazón y la botella, de Oliver Jeffers, también publicado por Fondo de Cultura Económica, narra la historia de una niña que decide guardar su corazón en una botella para no sufrir más después de la pérdida de su abuelo o padre. Pero la botella es pesada e incómoda. Al no tener más su corazón, no disfruta tampoco de la vida y es otra niña — tal vez su hija — la que la ayuda a sacar el corazón de esa botella.

Otros títulos: *El árbol rojo*, de Shaun Tan, recientemente reeditado por CalibroscoPIO; *Monigote en la arena*, de Laura Devetach; *Ramona la mona*, de Aitana Carrasco (Fondo de Cultura Económica); *Selma*, esta feliz oveja creada por Jutta Bauer

(Fondo de Cultura Económica); *Un día diferente en la vida del señor Amos*, escrito por Philip C. Stead e ilustrado por Erin E. Stead (Editorial Océano) y del que comparto un fragmento:

«Como cada mañana, el madrugador señor Amos, al sonar su despertador se levantó y cambió su pijama por su verde uniforme recién planchado.

Amos es un hombre de costumbres sencillas, tras desayunar se dirige a coger el autobús nº5, el cual lo llevará hasta el zoológico, su lugar de trabajo.

Por mucho trabajo que tenga, siempre deja hueco para jugar al ajedrez con el elefante, para dejarse ganar a las carreras con la tortuga, sentarse tranquilamente con el tímido pingüino, limpiarle la nariz al resfriado rinoceronte y cuando anocheecía le leía cuentos al miedoso búho.

Una mañana todo cambió, el señor Amos entre estornudos y escalofríos no pudo acudir a su cita de todos los días, su trabajo en el zoo. Tras un largo rato de espera sus amigos los animales, deciden coger el autobús e ir a su casa.

Allí, junto a quien los cuida a diario pasaron la tarde jugando al ajedrez, a las "escondidas", calentándole los pies, limpiando sus mocos, para acabar dormidos mientras el búho les contaba un cuento».

Con las personas de la tercera edad trabajo estimulando la memoria. Me valgo para ello de cierta bibliografía que compartiré luego. Cuando voy a contar cuentos a asilos y geriátricos, les pido a las enfermeras que sólo participen las personas que deseen hacerlo. No obligar a los abuelos. Es muy importante que las enfermeras entiendan y tengan esto en cuenta. Si no pedimos, las enfermeras los traen igual y depositan a los abuelos como si fueran una cosa. Algunos de ellos no están en condiciones mentales o psíquicas de prestar atención o concentrarse y pueden interferir con los que sí pueden y desean realizar la actividad. Ellos tienen memoria retrospectiva; es decir, memoria a largo plazo, no a corto. No recuerdan qué hicieron ayer, pero pueden describirte y contarte a la perfección qué les sucedió una mañana de agosto de 1945.

Para desarrollar el estímulo de esa memoria retrospectiva trabajo con bibliografía que evoque esos recuerdos. *Secretos de familia*, de Graciela Beatriz Cabal, es un libro ideal para este trabajo.

Un abuelo que se desangra de amor, una abuela que cruza los ríos a caballo y calza un trabuco, la loca de la casa: «En la familia de nosotros hay secretos terribles, yo mucho no me puedo enterar porque son secretos y porque son terribles», dice la Cabal.

Con la voz de la implacable y feroz lógica de la infancia, y a través de un humor entre corrosivo y tierno, el personaje de *Secretos de familia* va registrando el inquietante mundo que lo rodea: las complejas y entrañables relaciones familiares, los grandes silencios, los suicidios, la muerte y los rituales que se entrelazan con la vida.

«Como soy la hija del maestro, tengo que usar los útiles de la Cooperadora, para dar el ejemplo.

El lápiz negro se llama ¡Eureka! y no escribe, raspa.

La goma también se llama ¡Eureka! y mientras borra va ensuciando.

Las pinturitas ¡Eureka! no son largas, son cortas; no son veinticuatro, son seis; y no van en caja de lata adornada con unos caballitos de colores: van en caja de cartón adornada con un muerto sin ojos.

El cuaderno no se llama ¡Eureka!, se llama Gorriti porque en la tapa lo pusieron a Gorriti, que era un señor famoso en el mundo entero y eso que no era General de la Nación ni nada.

El cuaderno Gorriti tiene tapa blanda, que se sale, y hojas que no te podés equivocar, porque si borrás se te hace un agujero y se ve del otro lado.

Por suerte tengo regla que no es ¡Eureka! ni Gorriti, es Pinal, que no sé quién era pero que igual me sirve para dibujarle los renglones al Gorriti, que se los olvidaron de hacer.

"¿Seguro que no es ¡Eureka! el cuaderno?", le pregunto a mi papá cada vez que los renglones me salen torcidos.

Y mi papá me dice que no me haga la graciosa, que más de un niño daría la vida por tener mi cuaderno, mi goma, mi lápiz. Y que allá en la China y también en los desiertos, los niños dibujan con palitos en la tierra y nunca se quejan.

A mí me gustan los cuadernos de tapa dura donde está San Martín, con su traje de General de la Nación y su caballo blanco.

Mi mamá dice que no importa lo que haya en la tapa porque igual va forrada con azul araña, para que no se arruine, y después con el Billiken, para que no se arruine el azul araña.

Hay unos cuadernos divinos, deben ser alemanes que tienen tapa dura y van atados con alambre. Pero en la escuela están terminantemente prohibidos, porque a ver si los varones, que son tan brutos, les arrancan los ojos a las niñas con el alambre y después qué hacemos.

¡Eureka! quiere decir: "¡¡Qué suerte!! ¡¡Lo encontré!!". Y la palabra la inventó el muerto sin ojos de las pinturitas que no es un muerto sin ojos, es una estatua, me dijo mi mamá.

Lo que mi mamá no se acuerda bien es qué cosa hizo el señor Gorriti para ser famoso en el mundo entero. Pero algo grande habrá hecho, dice mi mamá, porque no solamente tiene cuaderno: también tiene calle.

A mí me gustan los sábados porque los sábados son días de limpiar pupitres.

Muy cargados vamos los sábados: además de la valija y la bolsita blanca con nombre azul, tenemos que llevar la bolsita azul con nombre blanco, la de limpiar.

Adentro de la bolsita de limpiar va un delantal azul (a mí me lo hizo mi tía, y como lo adornó con frutillas, que están prohibidas, me tuvo que hacer otro, liso), un papel de lija, dos trapitos viejos y un limón. (A los limones, que sirven para sacar la tinta, los tenemos que poner arriba del escritorio de la Señorita, para que ella los corte con un cuchillo peligroso).

Antes de que empecemos a limpiar, llega Juan con una lata en una mano y una botella grande de tinta con piquito en la otra mano. Entonces Juan va pasando y nosotros tiramos la tinta sucia en la lata y él nos llena el tinterito con la tinta fresca. (Los tinteritos nuestros se ensucian mucho porque los varones, que son muy asquerosos, se la pasan echando adentro porquerías, como ser pelusas y moscas muertas). A mí me da frío en los dientes cuando paso la lija, pero me la aguanto y la paso lo mismo. Y después de la lija paso un trapito, y después la mitad del limón (ahí hay que esperar para que el limón chupe bien), y de vuelta el trapito. Algunas niñas se chupan los limones. Y los varones, para hacerse los chistosos, se los chupan cuando están llenos de tinta.

Por suerte nada más quedan cuatro varones en el grado, que si no...

Para que el pupitre no se me manche con tinta, mi papá me regala un tintero inviolable, que uno lo da vuelta y la tinta se queda pegada arriba, como las moscas en el techo.

"¿Es ¡Eureka!?", le pregunto a mi papá.

"¡¡NOOOOO!! ¡Lo compré en La Preferida!", dice mi papá.

"Mi papá me compró un tintero inviolable", le digo a Cristini.

"A ver", dice Cristini.

Entonces yo agarro el tintero, lo doy vuelta y lo sacudo sobre mi cuaderno de clase. Lo engañaron a mi papá: el tintero inviolable es ¡Eureka!.

Graciela Cabal recuperó los objetos, las marcas, las costumbres de antaño. El gran mérito de esta novela es que no cae en la nostalgia, que sería un lugar común. Todo lo contrario, es crítica y corrosiva a través del humor: su mejor arma.

Otro cuento, que es un caballito de batalla, es «Cicatrices», de Marcelo Birmajer. Una obra de arte publicada por Editorial CalibroscoPIO. Trata de un joven que sufre por sus cicatrices. Encuentra a un brujo que lo ayuda a quitárselas, pero a medida que desaparecen también se evaporan sus recuerdos, su historia.

La cicatrices, como una metáfora de las arrugas, pienso yo, significa que hemos reído, llorado; en resumen, vivido...

Otro aliado es Javier Villafañe con su libro *Los ancianos y las apuestas*. En este libro los protagonistas son abuelos. Y a través de su poesía, la muerte viene en forma de novia o mariposa para unir con amor a las parejas.

La novia del anciano

Todas las noches el anciano les contaba cuentos a los nietos. El cuento que más les gustaba era el de la novia del abuelo, cuando el abuelo tenía doce años y paseaba en bicicleta con su novia.

Comenzaba así: "Ella era suave y hermosa. La cabellera larga y los ojos redondos y luminosos como los mirasoles. Andaba siempre en bicicleta".

Una noche lo interrumpió Luis, el menor de los nietos:

—Abuelo, no cuente cómo murió esa tarde porque hoy vino a buscarme en bicicleta cuando salía de la escuela.

—Abuelo —dijo Irene—, esta mañana dejó la bicicleta apoyada en un árbol y jugó con nosotros en el patio. Me escondí detrás de sus cabellos y nadie me vio.

—Abuelo —dijo Esteban—, tiene los ojos tan grandes que aprendí a nadar en sus ojos.

—Abuelo —dijo Claudia—, ella lo está esperando.

Y con una tijera le cortó la barba, la quemó con la llama de un fósforo y en el humo apareció una bicicleta. El abuelo bajó las escaleras pedaleando y cuando llegó a la calle se encontró con su novia.

Los nietos los vieron irse en bicicleta».

El anciano viajero

Toda mi vida fue buscar el lugar donde quería morir. Aún sigo viajando».

Recuerdo una vez en el Hogar de Día del Hospital Rivadavia. Allí los abuelos permanecen durante el día realizando talleres y actividades; a la tarde o noche, regresan a sus casas. Se encuentran muy bien mentalmente porque están activos. Algunos viven con sus hijos, otros solos. Fuimos a contar. Y un abuelo, al finalizar cada cuento, nos preguntaba: «¿Cómo se llamaba el personaje?». Le respondíamos: «Se llamaba Juan». Él tomaba nota en un cuaderno.

Al finalizar otro cuento, volvía a preguntar: «¿De quién era ese cuento?». «De Vicente Batista», le decía yo. Y él volvía a tomar nota en su cuaderno.

Me llamaba la atención que nunca interrumpiera los cuentos, que solamente al finalizar preguntara y pidiera diversas informaciones. Y tomaba nota de todo.

No pude contener mi curiosidad y le pregunté por qué preguntaba y tomaba nota. Él me respondió: «Lo que pasa es que las enfermeras nos dijeron que estemos atentos y que escuchemos los cuentos, porque luego ellas nos van a preguntar».

Me desarmé de amor con el abuelo. Había tomado al pie de la letra lo que les había dicho la enfermera. Ahí comprobé que los abuelos son como niños pequeños, que existe un ciclo vital, que volvemos a ser niños cuando somos mayores, que finalmente el círculo se cierra.

Consejos y conclusiones acerca de los espacios de salud

Los diversos proyectos hospitalarios en los que participé con mis alumnos, siempre estuvieron aprobados desde la dirección del hospital e insertos dentro de la dinámica hospitalaria, para no interferir con los doctores y su trabajo.

Generalmente, las primeras funciones las hacemos para los médicos, enfermeras y demás personal hospitalario, para que experimenten y descubran el placer que genera el acto de contar y escuchar un cuento.

Una vez que ellos comprueban la emoción, el compromiso y el placer que genera la narración oral, tienen otra actitud para con nuestro trabajo posterior. Es una forma de convertirlos en nuestros aliados, además de generarles dentro de su trabajo —que es estar en contacto con el dolor y sufrimiento— un momento de disfrute y recreación.

Es importante que al entrar en las salas pidamos a las enfermeras una breve historia clínica del paciente, para saber cuál es su patología, por qué está internado, etc. Esta breve información enseguida nos encuadra cómo establecer el vínculo de comunicación con el paciente y qué cuento elegir de nuestro repertorio.

Recordar lavarnos las manos al entrar y salir de cada sala; no llevar mochilas ni carteras, porque uno llega de la calle y, sin querer, apoya las mochilas o carteras en las camas y trae bacterias del exterior. Hay que tener cuidado en estos pequeños detalles, porque podemos tener las mejores intenciones para que la actividad resulte exitosa, pero a veces las buenas intenciones no alcanzan. Podemos estar haciendo un mal al enfermo sin saberlo.

En el hospital hay horarios y reglas que debemos respetar y cumplir. No debemos interferir en la dinámica hospitalaria.

En la mañana hay gente moviéndose de aquí para allá, médicos que toman controles, enfermeras que higienizan y dan medicamentos. Luego viene el almuerzo, el horario de visita, la merienda.

Generalmente, el horario de visita es de 14:00 a 18:00. A las 18:00 cambian los turnos médicos, hay un recambio de enfermeras, termina el horario de visita. Todos se van, pero el paciente es el único que se queda.

Cenan muy temprano, alrededor de las 19:00 o 20:00. A esta hora empieza «el bajón» anímico del paciente. Las siete de la tarde es la hora donde se esconde el sol, es la hora de la depresión. Este me parece el mejor horario para entrar a contar en un hospital. En primer lugar, porque el hospital está en silencio y no hay personas entrando o saliendo de las salas. Esto genera otro clima, incluso para el cuentacuentos. Nadie interfiere en nuestro trabajo. Además, el paciente, después de cenar, se va a dormir con el recuerdo de las historias que el narrador le regaló. Ese es el último registro del día que queda en su cabeza, haciendo un trabajo interno en el tiempo. Porque los cuentos no terminan cuando finaliza la narración. El cuento sucede. Y queda germinando dentro de cada uno.

Otro consejo: recomiendo realizar esta actividad en forma grupal y no en forma individual, porque la carga emocional es muy pesada para una sola persona.

Es necesario que, al finalizar la sesión en el hospital, nos vayamos con nuestros compañeros al café de la esquina para «contarnos» qué nos pasó, qué cosas pensamos que funcionaron, qué cosas no, cómo nos sentimos, etc.

Tenemos que respetar nuestros tiempos y el de nuestros compañeros. Si nos hace mal entrar en alguna sala en particular, es preferible quedarse afuera. Que entren los que puedan y darnos ese tiempo.

Recuerdo que en el Hospital de Niños de La Plata, algunas narradoras no podían ingresar en la sala de quemados infantiles o terapia intensiva. Para ellas era muy fuerte

estar en contacto con el dolor de un niño o con personas que están muy graves, al borde de la muerte. Por eso, si realizamos esta actividad en forma grupal, podemos apoyarnos y contar con nuestros compañeros.

Todas estas terapias indirectas y directas que llevé a cabo en los hospitales, institutos psiquiátricos o centros para la tercera edad, fueron apoyadas por laboratorios o por una fundación. Es importante tener un reconocimiento, aunque sea menor y pequeño, de esa forma la actividad se valora más y nuestro trabajo no es confundido con el de las Damas de Rosa, que realizan una excelente labor, pero que es otro trabajo.

Conclusiones

La resiliencia es la capacidad de los individuos no sólo de atravesar situaciones adversas, sino de poder sobrellevarlas y construir sobre ellas algo positivo, nuevo o edificante.

Este término es tomado de la arquitectura y es empleado para definir la estructura de base, donde luego se edificará la casa de la vida. Sería algo así como los cimientos. Desde este punto de vista, toda literatura es resiliente, ya que en general nos muestra cómo los personajes atraviesan la angustia y pueden salir adelante. Y por más que la historia termine mal, hay un placer en el disfrute del arte de las palabras.

Nos cuentan que los sapos se transforman en príncipes, que las chicas pordioseras pueden ser princesas. Sabemos, porque nos lo contaron nuestras abuelas cuando éramos niños —y las abuelas nunca mienten—, que los mosquitos son capaces de ganarle a los leones, que los conejos se burlan de los lobos, que los pobres campesinos engatusan a los gigantes, y que los tontos, retontos, requetetontos, nos guiñan el ojo mientras se quedan con la más hermosa de las princesas.

Finalmente quiero destacar que el trabajo en los hospitales no es para todos y a veces es muy duro. Estamos en contacto con el dolor de personas enfermas, personas que están al borde de la muerte, pero la satisfacción es equivalentemente proporcional a la entrega.

De todos los espacios en los que usted decida trabajar como narrador oral, ninguno lo llenará tanto y será tan satisfactorio como este. Se lo garantizo. Yo aprendí a valorar más la vida y a darme cuenta de lo afortunado que soy, a no quejarme por estupideces. Y a notar el privilegio que tengo al tener a todos mis seres queridos sanos y vivos.

Quiero regalarles esta reflexión de Rilke:

«Querido amigo: ¿no ve usted cómo todo lo que sucede es siempre un comienzo? ¡Y comenzar, en sí, es siempre tan hermoso! Deje que la vida le acontezca.

Créame: la vida tiene razón en todos los casos».